

ANIMALES MORTÍFEROS

Marie Tierney

Traducción: Carmen Bordeu

MÖTUS

CAPÍTULO 1

Mediados de mayo de 1981, Rubery, sur de Birmingham

CUANDO TODO QUEDÓ SUMIDO EN sueño, Ava supo que era la hora. Salió de la cama y, cuando sus pies tocaron el suelo, se quedó inmóvil. Sus hermanas menores yacían quietas en sus literas, solo emitían unos ronquidos suaves. La estrategia nocturna era desterrar todos los pensamientos y dejarse llevar por el instinto. Debía ser sigilosa y rápida: las horas tempranas de la madrugada parecían cortas, sobre todo cuando se acercaba el amanecer. La oscuridad no era absoluta, solo monocroma, aunque la noche era su aliada y nunca la perjudicaba.

Sus pupilas eran enormes en la penumbra. Ladeó la cabeza y escuchó. Solo el tictac del reloj. Su madre dormía en su habitación al final del pasillo. Todo y todos dormían, salvo Ava.

Caminó hacia la puerta principal. Cogió el abrigo, pero no se lo puso: el forro de poliéster hacía demasiado ruido. Nada de zapatos: los zapatos eran rígidos, ruidosos. Se metió los pantalones del pijama dentro de los calcetines. Los calcetines gruesos acallaban el sonido de los pasos. Después de quitar el pestillo, abrió la puerta poco a poco.

El aire frío la acarició cuando salió al corredor comunitario. Encajó un fajo de pañuelos de papel entre la puerta y el marco. Aunque el pestillo estaba echado, Ava no podía arriesgarse ni a ser descubierta ni a quedarse fuera. No había luna ni niebla: el suelo estaba seco como un hueso quemado. En algún lugar lejano, un perro ladraba a modo de advertencia a un intruso invisible. Ava frunció la nariz: gasolina, tierra, piedra. Se le erizó la piel y el estómago se le contrajo por anticipación y la excitación de estar fuera y sola en la oscuridad.

El bloque de apartamentos, agazapado en la hondonada, miraba hacia la imponente mole de la cantera. Ava se apresuró hacia la escalera central, que apestaba a cigarrillos y grasa de papas fritas, con sus escalones de hormigón que ascendían y descendían hacia la oscuridad. No consideró el ruidoso ascensor. Se puso el abrigo, palpó en su bolsillo el lápiz azul con puntas en los dos extremos, sacó su cuaderno rojo de detrás del enorme contenedor metálico y salió del corredor abierto. Se internó entre los arbustos de laburnos que abrazaban el muro bajo de la finca y se acercó al hueco desde donde se podía ver la calle, silenciosa como un plató de cine abandonado. Las farolas irradiaban un resplandor pálido y una paz extraña parecía atravesarlo todo.

Ava estudió el terreno: ni gente ni animales. Trepó la pared, se agachó y corrió a refugiarse en la cabina telefónica roja en la esquina de la calle siguiente. Se bajó la capucha sobre la cara. Convertida también en oscuridad, era invisible.

Se apresuró hacia los dúplex de color marrón, al último edificio de la hilera, que había quedado reducido a un cascarón calcinado después de un feroz incendio el año anterior. Se suponía que iban a demolerlo, pero seguía en pie, con las paredes chamuscadas apuntaladas por andamios y el perímetro inmediato protegido por una valla de madera alta. Los niños lo evitaban porque creían que estaba embrujado y los adultos lo evitaban porque era inseguro. Había un hueco en

la valla, cerca de donde solía estar la puerta principal, y Ava se coló por él. Atravesó el cascarón vacío hasta el jardín trasero, que olía a mantillo y a una versión más suave del hedor que había estado invadiendo el distrito durante la última semana. Había un área pequeña de césped ralo enmarcada por montones desordenados de escombros y ceniza barrida. Las luces anaranjadas de la A38, a metros de distancia, iluminaban el jardín en tonos sepia.

En la tierra, distinguió la forma de una media luna hecha con ramitas, muy espaciadas, algunas alineadas con un objeto: una cajita de cartón, un trozo de madera, un cuenco de metal. Cada cosa cubría total o parcialmente los restos de un animal muerto. Estos restos, dejados a la intemperie, quedaban sujetos al capricho de los elementos. Un par de años atrás, Ava había creado una granja secreta de cadáveres de animales atropellados para alimentar su curiosidad por las cosas muertas. Era a la vez cementerio y laboratorio, y esta parcela era el único lugar cerrado, porque si los niños de la zona se ponían a hurgar en huesos agrupados de manera sospechosa en un área pequeña con etiquetas de palitos de helado, entonces se armaría un buen lío. Así que estaban esparcidos por toda la urbanización, dispuestos como si los animales hubieran muerto en sus respectivos lugares de forma natural, y Ava visitaba a cada sujeto de estudio una vez a la semana y luego apuntaba sus hallazgos en su cuaderno rojo. Anotaba cómo se descomponía la carne en el agua, cuánto más rápido se descomponía en el aire, cuánto más despacio en la tierra; si la temperatura ralentizaba o exacerbaba el proceso; si los cadáveres se descomponían más rápido debajo de losas de hormigón, en cajas; el efecto de la intemperie y en qué momento se producía la actividad de los insectos, el papel que estos desempeñaban en la descomposición de los cadáveres hasta convertirlos en esqueletos. Al final de cada estudio, rezaba la oración del conejo de *La colina de Watership* porque creía que

era la única invocación lo bastante buena. Les daba las gracias y los enterraba para que descansaran en paz.

Aquí, sus experimentos eran más profundos y los realizaba en privacidad absoluta. Ava se desplazaba hacia cada rama como una polilla recolectando néctar macabro, levantaba cada objeto para estudiar lo que había debajo y registrar su progreso. Nunca había observado cómo se comportaba la muerte durante la noche y estaba aprovechando esta oportunidad para hacerlo, en la quietud tranquila, mientras algún coche ocasional pasaba por la carretera cercana, de espaldas a la luz para anotar sus hallazgos con el lápiz azul en su cuaderno rojo.

Unas semanas antes, había encontrado una víbora muerta en la cantera. Nunca había tenido un espécimen de reptil para sus observaciones, así que la había colocado en su extraño laboratorio. Al aire libre y con el paso de las semanas, la piel de la víbora se había descamado y desprendido y su forma se había reducido a un esqueleto. Brillaba como una banda de Möbius escamosa tallada en marfil.

Una vez terminada la tarea en el jardín, sabiendo que tendría que volver para enterrar adecuadamente a sus sujetos de estudio a la luz del día, Ava decidió ir a ver su espécimen máspreciado, que se encontraba a unos metros de distancia. Se adentró entre los arbustos de zarzas, cuyas espinas trazaron rayas dolorosas en sus manos. Se asomó al terraplén sobre el que rugía la gran carretera. Podía oler los gases de los tubos de escape y el hedor de la carne podrida. Estaba cerca del escondite que había encontrado el otoño pasado, situado en un lugar al que no iban los niños, ¿por qué iban a hacerlo? Quedaba en la esquina del terraplén que se unía a la valla del jardín abandonado del dúplex, oculto por una maraña de zarzas debajo del estruendo de la carretera. Era un buen lugar para esconder cosas y la razón por la que se había arriesgado tanto para ver su último hallazgo.

Estaba alerta a cambios de presión sutiles; un recordatorio de que debía tener cuidado. Buscó el lápiz azul afilado dentro de su bolsillo y se tranquilizó. Era habitual que maníacos míticos se escaparan de los distintos hospitales psiquiátricos de los alrededores. Que no hubiera gente cerca no significaba que no la hubiera. Sin embargo, no se sentía vigilada: no experimentaba el consabido peso del juicio a sus espaldas.

Y Ava no tenía miedo, ya que era imposible que sus sujetos pudieran hacerle daño. Al fin y al cabo, estaban muertos.

El paso elevado mataba animales todos los días, al igual que la carretera que desembocaba en él, la Bristol Road South. Animales domésticos y salvajes por igual eran víctimas del tráfico incesante y estridente: monstruos metálicos escupían cadáveres peludos a ambos lados, sin el tiempo suficiente para poder comérselos. Algunos morían ante los ojos horrorizados de los peatones, otros quedaban más muertos que vivos. Ava solía llorar cuando encontraba los restos destrozados, pero su curiosidad natural había terminado por vencer cualquier sentimiento infantil.

Durante los últimos meses, el número de muertes había disminuido. Ava dudaba que se debiera a que había menos tráfico en la carretera; en todo caso, había más. De tanto en tanto aparecían indicios de alguna muerte, manchas de sangre o restos de piel, pero faltaban los cuerpos. Por eso su último hallazgo se había vuelto tan importante.

Lo había descubierto hacía dos semanas y era el más grande hasta la fecha: un zorro macho (*Vulpes vulpes*: 170 huesos, 42 dientes) que había aterrizado, intacto, sobre el terraplén y que no debía llevar mucho tiempo muerto cuando ella lo encontró.

Apuró el paso hacia la esquina, con la cabeza gacha, con cuidado de no dejar ver su rostro pálido debajo de las luces rojizas. Se inclinó debajo del arco natural creado por las ramas y encontró al zorro justo donde lo había dejado, extendido

sobre la tierra compactada como si estuviera remoloneando al sol. El hedor era sólido, casi palpable. Frunció el ceño. La semana anterior había hecho más calor, pero no suficiente para generar tamaña intensidad. El zorro era la criatura más grande que había encontrado, pero el olor era demasiado exagerado para emanar de su carcasa encogida.

Ava observó que los capullos marrones que habían dejado los gusanos después de cada muda estaban diseminados sobre la tierra como casquillos de bala. Había señales de desecación alrededor de la cabeza y las extremidades, y polillas y escarabajos del cuero recorrían los surcos abiertos. Había demasiadas moscas verdes: el frío refrenaba su aparición, pero eran demasiadas para ser de noche o para un cadáver en una fase tan avanzada de descomposición. A las moscas verdes *Lucilia caesar*, brillantes como gemas, no les atraían los restos momificados y preferían festines más jugosos para sus crías. Algo no encajaba.

Ava se movió para evitar calambres en las piernas y fue entonces cuando la ola de putrescencia la acometió de lleno. Sus ojos, ya acostumbrados a la penumbra, siguieron la sordida marcha de los escarabajos carroñeros hacia su maná del cielo. Su mirada siguió avanzando y entonces lo vio.

“Mickey Grant”.

Mickey Grant, de catorce años, llevaba quince días desaparecido. Su fotografía escolar había estado día tras día en todas las noticias locales y nacionales. Se había desvanecido de tal manera que era como si se lo hubiera tragado la tierra. Podría haber huido de su casa, porque a veces los adolescentes huían de sus casas. También era posible que estuviera con algún pariente en el extranjero. Al fin y al cabo, decían los mayores, era raro que secuestraran a un niño: las niñas solían ser las víctimas, pero Mickey había sido visto por última vez dos viernes atrás, en la discoteca en Deelands Hall. A Ava no le caía bien, lo consideraba un matón con el que no podías cruzarte sin

que te dijera algo desagradable. Así que cuando desapareció, no le importó.

Pero Mickey no había huido y no estaba a salvo con un pariente lejano. Estaba muerto. Tendido como un espantapájaros que hubieran tirado: una pendiente retorcida de gusanos que subían en olas gelatinosas a respirar antes de sumergirse en las profundidades hediondas. Un jugo viscoso rezumaba en el charco debajo de su cuerpo. Fluidos asquerosos habían pegoteado el cabello antaño rubio.

Ava no estaba asustada. No era una chica que gritara ni siquiera cuando le pegaban; sin embargo, buscó en su interior el pánico, el terror o el asco y lo único que encontró fue una compasión inútil. Tomó fotografías mentales, registró toda la escena para su cuaderno rojo. Mickey no estaba aquí hacía dos semanas. Este lugar no era la escena del crimen, sino el sitio donde habían arrojado el cuerpo.

La putrefacción había avanzado, aunque Ava suponía que lo habían mantenido en un lugar relativamente fresco durante un tiempo antes, pero no tenía experiencia con animales tan grandes y sin pelo. Deseó tener una linterna. Cambió de posición para salirse de la línea del hedor: la carne en descomposición era un olor pesado que podía adherirse a la ropa y al pelo. No podría disimularlo ni con la colonia de su madre.

Alcanzaba a distinguir las conocidas heridas circulares a lo largo del antebrazo: marcas de mordeduras humanas. Por donde se lo mirara, estaba ante un homicidio. Mickey Grant era carroña, tanto como el zorro que yacía a unos metros de distancia, y los tres compartían un panorama sombrío. Los padres de Mickey estarían destrozados, parecían tan buena gente en la tele. Lo habían tirado aquí a propósito, como si quien lo hubiera asesinado conociera este escondrijo, como si le hubieran recomendado este sitio como el escondite ideal para el peor de los secretos. Las cosas muertas eran pesadas y

poco prácticas a la hora de cambiarlas de lugar. Ava escudriñó a su alrededor: no había ningún lugar en el terraplén cubierto de hierba donde pudiera esconderse un asesino.

Aunque el sentido común le decía que el asesino se había ido hacía tiempo y que no era probable que estuviera vigilando a una chica que no debía estar fuera y sola de noche, era hora de irse.

Ava rezó con rapidez la oración del conejo sobre el zorro y hacia el rostro destrozado de Mickey. Recordó cosas buenas de él: cómo solía acariciar a los gatos en la calle y sonreír cuando paseaba a su perro, Starsky. Dio media vuelta y salió del escondite.

Removió sus huellas con una rama. Las pisadas eran mala noticia aun cuando sus pies fueran pequeños para una niña de trece años, y había muchas niñas de trece años en el mundo. Huyó del lugar y la adrenalina se aseguró de que no pensara en otra cosa hasta que respiró hondo detrás de la cabina telefónica. Las llamadas al 999 eran gratuitas y, si falseaba la voz, nadie sabría que una chica había encontrado al chico desaparecido. Ava no tenía que llamar a la policía, pero debía hacerlo: era lo correcto. La cabina estaba muy iluminada y corría el riesgo de que la vieran, aunque no daba a la calle. Si se movía con rapidez, podría estar de regreso en la cama en cuestión de minutos. Abrió la pesada puerta con goznes de cuero, cogió el auricular aparatoso y llamó al 999 antes de cambiar de idea. No tenía ni idea de qué voz saldría de su boca, pero cuando el operador en el otro extremo respondió: “Central de emergencias. ¿En qué puedo ayudarle?”, la señora Pija tomó la palabra.

—¿Hola? ¡Sí! Con la policía, por favor, ya mismo. Mickey Grant, el niño desaparecido, está tirado entre unos arbustos en el terraplén del paso elevado de Rubery. —La señora Pija era una mujer de voz baja, dicción impecable y que no toleraba tonterías—. En el fondo del jardín abandonado de Homemead Grove.

Hubo una pausa.

—¿Necesita también una ambulancia, señora...? —preguntó el operador a continuación.

—¿Una ambulancia? ¡No, querido! Está muerto.

—Eh... ¿Quién es usted?

—Por favor, dese prisa. Su pobre madre necesita saber dónde está.

—¿Es esto una broma, señora...?

—¿En serio? ¿Acaso sueño como si estuviera bromeando? ¿Se lo parece? ¿A las dos de la madrugada? Usted sí suena como un tipo listo, así que haga algo. Estaba paseando a mi perro y he encontrado a Mickey Grant. —La gente siempre encontraba cadáveres mientras paseaba a sus perros: era como una regla. La gente siempre paseaba a sus perros a horas estúpidas de la noche. Pasaba siempre en las series policiales.

Sin embargo, era extraño que ningún perro, ni ningún otro carroñero oportunista, hubiera tirado de Mickey y que aquellas marcas de mordeduras fueran humanas. Ava colgó. Ya en la puerta de su casa, se tranquilizó y trató de aquietar su falta de aire para poder entrar y cerrar la puerta en silencio. Había visto su primer cadáver humano y estaba bien; no había vomitado ni llorado. Su corazón latía al ritmo del reloj del pasillo. Se quitó los calcetines y los hizo una bola. Los lavaría y los escondería como si la aventura de esta noche no hubiera existido, aunque olían a barro y nada más. Olisqueó la piel de sus brazos y las puntas de su cabello: solo olían a ella, no a Mickey. Se lavó las manos deprisa en el fregadero. No oía ninguna sirena y se desanimó. La policía no respondería a la llamada: no habían creído a la señora Pija. Estaba demasiado cansada para pensar en eso y no podía hacer otra cosa que meterse en la cama y dormir.

Acababa de meterse debajo de las sábanas cuando Veronica balbuceó desde su litera:

—Hueles a invierno, Avie. —Se giró hacia la pared.

Ava se adormeció enseguida, como sostenida por un vacío de algodón después de caer de una gran altura. Con el cuerpo acurrucado en torno a las manos húmedas, los calcetines hechos una bola a sus pies y la respiración regular, tuvo sueños puros... si es que los tuvo.